REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO 4 | San José de Costa Rica, Lunes 4 de Setiembre de 1922 | No. 25

2) WALKER

y los aventureros americanos en Nicaragua

Por ALFRED ASSOLLANT

(Trad. de R. Fernández Guárdia).

La empresa de Walker no es la primera de este género [1]. Sin remontarnos hasta Hernán Cortés, que hizo con unos mil hombres la conquista de México, la historia de las antiguas colonias españolas nos hace ver la suerte de un país, casi tan vasto como el imperio romano, decidida en varios encuentros por una partida de aventureros. En 1839, un jefe de los Mosquitos vendió a dos ciudadanos de los Estados Unidos, los señores Peter y Samuel Shepherd, sus acreedores, un territorio de 22.500,000 acres (unos 8 millones de hectáreas). Los concesionarios fundaron una *Compañía para la colonización de la América Central*, cuyo director, Mr. Benjamín Mooney, reside en Nueva York. El centro de operaciones de esta compañía está en Greytown, en la desembocadura del río San Juan. De las concesiones hechas por el jefe mosquito a los señores Shepherd datan las invasiones de los Estados Unidos en la América Central. A este respecto un historiador americano dice: «¡Tanto peor para el rey de los Mosquitos si ha hecho una concesión! Con seguridad la reina de la Gran Bretaña, que lo trata como a su hermano en realeza, no puede quejarse de cómo ha hecho uso de sus derechos». ¡Tanto peor para los débiles! *Capítulo primero de la historia universal*, como dice Fígaro.

Los ingleses proseguían lentamente por su lado en sus proyectos de conquista. Desde hacía dos siglos habían puesto el pie en el continente con pretexto de proteger contra España a una tribu de salvajes medio negros, medio caribes, los Mosquitos, cuyo jefe recibe una pensión del gobierno inglés a cambio de las ocasiones que a Inglaterra proporciona de mezclarse en las querellas de Centro América. Hacia 1783, estas relaciones, que existían de hecho desde hacía largo tiempo, fueron regularizadas por un tratado que permitió a los ingleses fundar en Belize, Honduras y Yucatán establecimientos para la explotación de la caoba y de los palos de tinte. Estos establecimientos, que sólo eran simples factorías de mercaderes, tenían poca importancia en 1848, cuando la conquista de California por los americanos del Norte y el descubrimiento de las minas de oro atrajeron en algunos meses más de trescientos mil aventureros, procedentes de todos los países del mundo. Entonces fué cuando se pensó seriamente en abrir, ya fuera por medio de un ferrocarril o de un canal, un camino hacia las islas Sandwich y California. En el mes de febrero de 1849, el *Times* llamó la atención de los capitalistas sobre las ventajas de un camino al través de Nicaragua. Añadía que los Estados Unidos, abandonados a sus propias fuerzas, no podían realizar semejante empresa. En tanto que ese periódico y varios otros ahondaban la cuestión con discusiones estériles, pero sabiamente razonadas, se supo que los americanos negociaban con Nicaragua. En el acto se exclamó que iban a desmembrar la América Central en provecho propio, y el ministerio inglés, para impedir el establecimiento de esa vía, recurrió a su expediente ordinario: el de *proteger al rey de los Mosquitos*.

Habiéndose formado en 1850 una compañía en Nueva York, para la construcción del canal, sus jefes, los señores Vanderbilt y White, propusieron a los ingleses emprender a medias con ellos esta gran obra, partiéndose por iguales partes los riesgos y las utilidades. Esta propuesta equitativa y política no tuvo ningún éxito, porque los ingleses no querían tomar parte en una empresa que debía ser provechosa sobre todo para sus rivales. Sin preocuparse de los obstáculos que el gobierno inglés multiplicaba secretamente a su alrededor, ni de la compasión pérfida con que los periódicos ingleses inventaban o exageraban los peligros del viaje al través de Nicaragua, Vanderbilt y sus socios celebraron un convenio ventajoso con el Estado de Nicaragua, y mediante los esfuerzos que hicieron acortaron de diez días el viaje de Nueva York a San Francisco. Ese viaje dura hoy tan sólo diez y nueve. Dos vías principales se hacen la competencia para el transporte de las mercaderías y de los pasajeros que van a California: el ferrocarril de Panamá y la ruta de Nicaragua. Puede juzgarse de la importancia de estas dos vías por la del tránsito. En 1855, de 42 millones de dólares enviados de California a Nueva York, 29 millones tomaron la vía de Panamá y 13 millones la del río de San Juan.

Hasta aquí no había habido nada en las empresas de los americanos que no fuese pacífico y legal. Hasta debemos confesar que fueron tan útiles al

(1) Hacia 1820, un primo lejano de Rob Roy, Mr. Mac Gregor, después de haber herborizado largo tiempo en Colombia, con pretexto de combatir a los españoles y de emancipar a América, tomó, en recompensa de sus hazañas, el título de general. Reunió algunos soldados, se apoderó de la isla de Roatán, situada frente a la Costa de Mosquitos, entabló relaciones con Jorge Federico, jefe de los Mosquitos, le invitó a comer y, después de la comida, se aprovechó de la embriaguez del salvaje para hacerlo firmar un documento por el cual Jorge Federico le vendía por algunas botellas de ron la parte de sus estados conocida con el nombre de Poyaisia. Una vez hecho el pacto en debida forma, se trataba de tomar posesión del país cedido. Mac Gregor dejó a su huésped y se fué a Inglaterra. Afortunadamente para él, las especulaciones sobre América hacían entonces furor en la bolsa de Londres. Sólo se soñaba con colonizar y explotar aquel hermoso país cerrado por los celos de España para todas las naciones marítimas. En todas partes se formaban sociedades para la navegación de los ríos, la construcción de canales, la explotación de las minas de Potosí y la propagación de la religión protestante. Mac Gregor fué recibido con entusiasmo. Se creyó en el porvenir de ese rey improvisado. Era un Raleigh, un Clive, un Hastings. El *Real empréstito poyais*, apenas emitido, se cotizó con una fuerte prima y el dinero pagado sirvió en primer término para pagar las deudas del nuevo rey y, en seguida, para fletar algunos barcos en que Mac Gregor se embarcó con algunos miles de colonos. Llevaba a sus nuevos súbditos una constitución modelo, quiero decir calcada sobre la de Inglaterra: cámara de los lores, cámara de los comunes, responsabilidad de los ministros, inviolabilidad del rey, ley sobre la regencia, no le faltaba nada de lo que hace la felicidad de los pueblos y la alegría de los parlamentos; pero Jorge Federico y los poyaisinos lo recibieron a tiros de fusil. Se dispersaron los colonos, los suscritores del empréstito reclamaron su dinero; Mac Gregor, asustado, se trasladó al continente y ofreció su reino a los parisienses, que no lo quisieron. Y así fué cómo nació y murió el reino de Poyaisia.—*N. del A.*

mundo entero como a sí mismos al abrir un camino al comercio al través de aquellas fértiles soledades, y la influencia que adquirieron en la América Central sólo era la recompensa legítima de sus esfuerzos; pero la violencia debía destruir pronto, o tal vez completar la obra de la industria. Sin embargo, las primeras culpas no fueron suyas. Mucho se ha hablado en estos últimos años de las usurpaciones de los Estados Unidos. Esta acusación, a menudo muy fundada, pueden éstos lanzarla contra Inglaterra que los acusa a ellos. El gobierno inglés, que había visto con envidia la anexión de Texas y de las Californias, pero que ante todo teme una guerra con los Estados Unidos, tuvo miedo de verlos apoderarse de esa posición tan importante, donde, según las mayores probabilidades, será construido el famoso canal que ha de separar las dos Américas y unir los dos mares. A despecho del tratado Clayton-Bulwer, celebrado en 1850, que prohibe a los dos pueblos todo ensanche en la América Central, unió por un decreto del 17 de julio de 1852 las islas de Roatán, Bonaca, Utila, Barbarita, Elena y Morita, bajo el nombre de *Colonia de la Bahía de las Islas*. Al propio tiempo arrebató por fuerza y sorpresa a Nicaragua la ciudad de San Juan, que situada como está en la desembocadura del río del mismo nombre, en el mar Caribe, domina la entrada del futuro canal, y dió esta ciudad al rey de los Mosquitos, quien sometido a las órdenes del gobernador inglés, posee la costa de Honduras. Esta ciudad tomó entonces el nombre de *Greytown*. Posteriormente ha sido reconquistada por el coronel Kinney y devuelta a Nicaragua.

Este acto de agresión contra un Estadito incapaz de defenderse y que su misma debilidad hubiera debido proteger, irritó profundamente el sentimiento nacional en los Estados Unidos. Por todas partes se gritó que la política del gobierno inglés era una política de rapiña y de saqueo; que el ataque hecho a un pueblo tan débil, en plena paz, era a la vez una cobardía y una traición; que el pretexto con que Inglaterra encubría este ataque, es decir, las reclamaciones del rey mosquito, era una mentira. Así se había quedado con Malta, a despecho de las estipulaciones del tratado de Amiens; así protegía a la fuerza las islas jónicas; así tomó y se quedó con la colonia del Cabo, a pesar del deseo bien manifiesto de los habitantes; así había atacado el Afganistán para impedir que los rusos pusieran los pies en Persia; así había ocupado Hong Kong para envenenar a la fuerza a los chinos con opio; así había conquistado el Scindo, el reino de Assam, el Pendjab, Birmania, la India entera; así se había apoderado de Aden, con pretexto de hacer allí una estación carbonera, y en realidad para cerrar a los demás pueblos la entrada del Mar Rojo. Se recordó la historia de don Pacífico y de la marina griega, arruinada con motivo de las reclamaciones de un judío; se anunció que Inglaterra quería, o impedir la construcción del canal, o reservarse el monopolio de éste construyendo una fortaleza a la entrada del río San Juan. Con la lógica de las gentes interesadas y apasionadas se llegó a la conclusión de que no había que dejar a un Estado tan débil como Nicaragua el cuidado de defenderse; que como la cuestión interesaba a todas las naciones, cada una de éstas tenía el derecho de intervenir; que se trataba de un caso de fuerza mayor en que era menester colocarse por encima de la justicia ordinaria y legal para llegar a la justicia verdadera y equitativa, y que si una usurpación era necesaria, más les valdría a los nicaragüenses llegar a ser uno de los Estados de la Unión americana que una colonia inglesa. De aquí los proyectos de invasión de Walker y de Kinney. En ese pueblo aventurero y sin escrúpulos, de las palabras a los hechos no hay más que un paso. Siempre se encuentran gentes listas a ejecutar lo que otros han proyectado. Justo o injusto, poco importa, siempre que su interés particular o el de su patria resulten favorecidos. Es el patriotismo antiguo de Roma y de Esparta, un poco atenuado por las costumbres modernas. Desde que se vió alguna utilidad en apoderarse de Nicaragua, quedó fijada la suerte de este infortunado país. Tan sólo subsistía ya por un prodigio de equilibrio, es decir, por el temor recíproco que una a otra se inspiraban las dos naciones rivales. Mientras ese temor fué igual de ambos lados, la paz pudo mantenerse; pero un incidente imprevisto y ajeno a la cuestión apresuró el desenlace. Me refiero a la guerra de Oriente.

Conocida es la parte que tomó Inglaterra en esta guerra. Inútil es recordar que el ejército inglés sostuvo gloriosamente, hombre contra hombre, el honor de la bandera y que cada soldado mostró un valor incontestable. Todos esperaban que así fuese; pero lo que sorprendió a Europa y América fué el mezquino resultado de tantos esfuerzos y de tanta sangre derramada. Una mala administración, jefes más nobles que hábiles, más viejos que experimentados, miserias muy grandes en verdad, pero tal vez exageradas adrede por los mismos periódicos ingleses, disminuyeron singularmente el prestigio de Inglaterra en el mundo. Todos los débiles se regocijaron de ello y vieron la mano de la Providencia en la destrucción del ejército inglés. En los Estados Unidos, la impresión causada por estos acontecimientos fué considerable. Se vió en ellos la próxima decadencia de Inglaterra. Se contaban, hasta se exageraban con maligno gozo las miserias demasiado reales de aquel ejército tan celebrado. Se simpatizaba con los rusos, se ponderaban las virtudes militares de los franceses, el coraje afortunado de los zuavos; se les atribuía exclusivamente la gloria del Alma, de Inkerman, de la toma de Sebastopol. En fin, en todas formas se revolvió el puñal en el corazón de la orgullosa Inglaterra. Este momento fué el que un partido todopoderoso en los Estados Unidos creyó favorable para desafiar impunemente al gobierno inglés y arrebatarle su presa, porque la invasión de Walker no es obra de algunos aventureros sin apoyo en la nación. No es una fantasía aislada la que ha llevado a ese aventurero a Nicaragua; tampoco es, como en el caso del valiente e infortunado Raousset-Boulbon [1], un deseo novelesco de aventuras y la gloria de fundar un imperio. Todo es positivo en el alma, el corazón y los cálculos de un yanki. Walker no es más que el audaz y hábil instrumento de los especuladores de Nueva York y de Nueva Orleans. Ese héroe, de quien los periódicos de Nueva Orleans, del Kentucky y de Misuri hacen tan pomposo elogio, no tiene en su vida nada que lo distinga de diez mil aventureros menos afortunados y menos célebres. Como todos, en los Estados Unidos, ha ejercido veinte oficios diferentes: abogado, médico, periodista, buscador de oro. Como todos se hizo general por su propia autoridad y se forjó una repu-

(1) El conde de Raousset-Boulbon, famoso aventurero francés que pretendió apoderarse de Sonora en México, *N. del T.*

tación militar proclamándose invencible de antemano. Es fanfarrón y mentiroso como un mexicano; audaz, codicioso y sin escrúpulos como un yanki; tiene todas las cualidades que elevan a un hombre al imperio o a la horca. «El general Walker—dice uno de sus partidarios, el autor de *El Porvenir de Nicaragua*—nació en Tenesí. Ha ejercido la profesión de abogado. Muy joven hizo un viaje a Europa y terminó su educación en una de las universidades alemanas, donde aprendió el francés, el alemán, el español y el italiano; luego siguió los cursos de la Escuela de Medicina en París. Más tarde se hizo periodista en Nueva Orleans, donde su cara pálida y delicada, sus brillantes ojos grises, la expresión pensativa de su fisonomía llamaron la atención».

Cansado de todos los oficios que había ejercido sucesivamente, Walker emigró a California; redactó algún tiempo el *Herald* en San Francisco, pero no tardó en romper su pluma de periodista y se hizo hombre de leyes en Marysville, donde ganó mucho dinero, según dice su panegirista. Hasta aquel entonces, ni los periódicos que había redactado en Nueva Orleans y San Francisco, ni los enfermos que mató o curó, ni los procesos en que había litigado le conquistaron gran reputación. Lejos estaban las gentes de adivinar en aquel practicante obscuro al rival de Washington, al conquistador y libertador de Nicaragua. Por fin se presentó la ocasión de hacer admirar al mundo ese gran genio y ese gran carácter.

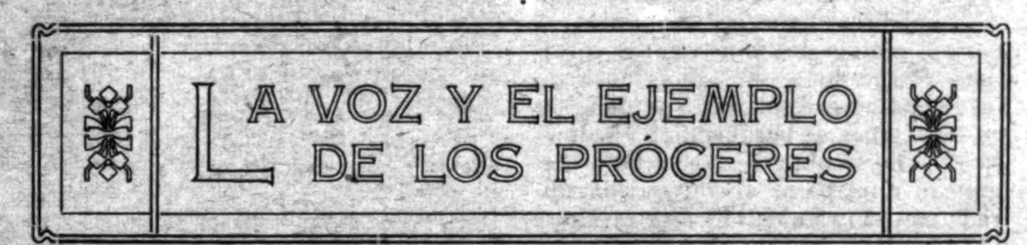
porcionarle la complacencia de ver en este suelo, al Ciudadano a quien Costa Rica debe muchos bienes.

Tales son, señor Licenciado, los sentimientos del Jefe Supremo y los que abriga el infrascrito, con dobles motivos, si se atiende, que además de participar de la gratitud pública, experimenta también la muy particular a que le obligan los oficios generosos con que Ud. protegió su educación y el afecto que se ha dignado dispensarle desde que su infancia tocó por primera vez el sensible corazón de Ud.

Sobre lo expuesto, señor Licenciado, concluyo expresando a Ud. el grande placer con que me he ocupado de esta carta y el que tengo con asegurarle mi aprecio y las respetuosas consideraciones de su muy atento humilde servidor.

JOSÉ MARÍA CASTRO

(*Mentor Costarricense*, 14. I. 1843).



[En esta sección pueden colaborar los hijos buenos y preocupados del país que posean documentos impresos o manuscritos de los próceres centroamericanos, soñadores leales en una patria grande por sus luces y virtudes; documentos que sean enseñanza y un estímulo cívico para nuestra juventud. Sin estos fecundos y perennes ejemplos y estímulos de los mayores, la juventud de un país es juventud perdida para las nobles empresas del adelanto y del bien público, que son las buenas y las deseables].

3.—Haciendo justicia a un ciudadano distinguido

MINISTERIO GENERAL
DEL SUPREMO GOBIERNO DEL ESTADO
DE COSTA RICA

A solicitud de muchos costarricenses respetables, por ser documento en que se hace justicia a un distinguido hijo del Estado, se imprime la siguiente manifestación oficial.

San José, enero 5 de 1843.

Sr. Licenciado Manuel Aguilar (1).

EL señor Santiago Fernández, se ha presentado a esta oficina personalmente, con el objeto de averiguar si hay algún inconveniente para que Ud. pueda internarse al Estado y pidiendo que de no haberlo, se le libre salvo conducto. Habiéndole participado al Jefe Supremo con placer las intenciones de Ud., me ha prevenido decirle de su parte: que le es muy satisfactorio el saber que Ud. desea volver a su patria, al paso que recuerda con sumo dolor la triste escena en que tan violentamente fué arrancado de ella, haciendo carecer a Costa Rica de uno de sus más ilustrados hijos. Que por lo mismo, lejos de haber embarazo alguno para que vuelva a consolar a su país con su presencia y llenar así los deseos de todos sus habitantes, interpone todo su valimiento para que Ud. no desista de su propósito y antes bien, acelere su marcha para este Estado, cuyas puertas siempre estarán abiertas para Ud. y todos los que se le parezcan.

Con anticipación a la indicada solicitud y desde que ocuparon el Poder Ejecutivo las personas que hoy le componen, se había pensado en hacerle a Ud. esta manifestación; pero sin tener seguridades acerca de la residencia de Ud., sobre lo que se ha hablado con mucha variedad, a causa de los sucesos que han tenido lugar en ese Estado (1), aguardaba este Supremo Gobierno con impaciencia, una certidumbre, para no aventurar uno de sus más fervientes votos. Por lo mismo, le es ahora sumamente lisonjera la persuasión, de que este pliego llegará sin tropiezos a manos de Ud. y que informado de su deferencia y aprecio, en que distinguidamente le ha colocado, sabrá corresponderle, con pro-

(1) El Presidente don Manuel Aguilar (1837-1838). Un cuartelazo de Carrillo y sus amigos le arrebató el poder y le trajo el destierro.

(1) Guatemala.

4.—Seamos útiles al país

Señores Editores
del «Mentor Costarricense».

DESDE que volví a esta ciudad de mi viaje a Jamaica y encontré establecido el periódico, que se publica semanalmente, he deseado dirigirme a Uds. sin otro fin que ser útil de algún modo al país, pues estoy persuadido que todos, cualesquiera que sea su esfera, deben interesarse en las mejoras de cada uno de los ramos que constituyen la recta administración pública y no vacilar un momento en comunicar sus pensamientos, para que expuestos a la censura, la sociedad pueda sacar de ellos lo que sea de algún interés o rectificar las opiniones, si son equívocas.

No seré tan iluso que pretenda se me considere entre los escritores de alguna nota en el Estado, porque es bien sabido que no poseo los conocimientos que con tal intento son necesarios; pero no podré resistir al impulso del patriotismo que de instante a instante, me amonesta concurra al bien y felicidad general, siendo ésta la razón por que me ocupo ahora del siguiente negocio que lo considero de suma importancia para la comunidad y para los particulares.

Los progresos del Estado en su población, agricultura y comercio han aumentado los intereses y de consiguiente las acciones: los caprichos de los hombres en todas épocas y en todos los países, llevan a cierto punto de análisis estas acciones, que no es el arbitrio de los particulares, ni fijarlos en su verdadero aspecto, ni proceder con justificación en su discernimiento. Por esto, desde que se

estableció el *tuyo y mío* y desde que los hombres, olvidados de su deber, saltaron la barrera de lo justo y lo equitativo, convinieron las sociedades en la erección de varios tribunales, cuyo origen estuviese en el pueblo y cuyas funciones fuesen las de dar a cada uno lo que es suyo; esto es, administrar justicia cuando hubiese desavenencia entre dos o más personas en defensa de sus acciones y derechos. Ningún pueblo regularmente organizado puede existir sin semejantes tribunales, que son el apoyo firme del orden social y la salvaguardia de las garantías individuales. No es Costa Rica de peor condición que los demás Estados de la República, donde no se carece de tan benéfica y necesaria institución: Costa Rica, que comprende una población de más de ochenta mil habitantes, demanda todos los días las corporaciones y tribunales que le son análogos para su bienestar en la formación de la ley, en su ejecución y en la aplicación consiguiente: tenemos códigos aunque no sean los más perfectos, tenemos funcionarios que con dependencia del Supremo, ejecutan la ley y tenemos juzgados que la aplican en la 1ª instancia; pero hacen falta los tribunales para la segunda y tercera, siendo tanto más remarcable esta falta, cuanto que hay en los archivos de los mismos tribunales un sin número de negocios pendientes, cuya resolución es de grave momento para los interesados y tal vez para el Estado. Se han promovido otras causas y expedientes que exigen pronto despacho y el clamor general en este respecto no hace punto ni lo hará hasta que se vea la reaparición de los tribunales judiciales superiores que por las circunstancias se declararon suspensos. Si por una necesidad que se estimó urgente, el juzgado de hacienda fué sostenido, no obstante las disposiciones de la ley, y si por la misma necesidad, la persona que lo ejerce, sin embargo de su promoción a la fiscalía de la Cámara Judicial y la posesión solemne de ella, permanece en el destino, con mucha más razón debiera haberse sostenido y permanecer los tribunales de 2ª y 3ª instancia, según el tenor de las actas de esta ciudad y la de Cartago de 23 de setiembre del año próximo pasado, no sólo para juzgar definitivamente en lo civil y criminal, sino para reprimir los abusos y excesos que por una de tantas desgracias pudieran sucederse en los tribunales y juzgados inferiores.

El Supremo Gobierno, que se halla poseído de los mismos sentimientos en favor de la causa pública: que palpa muy de bulto los graves inconvenientes que se siguen de la falta de aquellos tribunales y que ha estimado de la más alta trascendencia e importancia la reunión de la representación del Estado, se dignará, si aun no fuese posible promulgar la convocatoria, proveer de remedio precariamente en un asunto que afecta muy de cerca los intereses particulares de los ciudadanos y que descuidándolo debilita la acción del mismo Gobierno y lo compromete a oir recursos y dudas que no son del resorte ejecutivo, distrayendo su atención de los delicados objetos que le son encargados.

Si Uds.: señores Editores, juzgasen dignas de la consideración pública las indicaciones que preceden, espera las trasmitan al «Mentor»

su atento S. Q. B. S. M.

JUAN RAFAEL MORA

(*Mentor Costarricense*, 25. III. 1843).

PEQUEÑOS MOTIVOS

Junto al mar...

I.—Tierra caliente

Al doblar una curva, en que el tren culebrea bajo las montañas, el paisaje cambia de improviso: la cordillera pierde sus gestos soberbios, y a los peñascos desolados suceden las colinas llenas de bosquecillos y palmeras. A la sombra de los árboles, el ganado mira pasar el convoy con mirada mansa y dulce. El aire es ahora tibio y salino; en un estero cercano a la vía, una bandada de garzas refleja su blancura sobre las aguas muertas. Y allá, a lo lejos, brilla ya el mar...

II.—La tarde

En el horizonte lejano, allá en occidente, el oro del cielo y el oro del agua son una sola mancha que cabrillea, cada vez más oscura, cortada a trechos por las siluetas de las embarcaciones.

Las gaviotas ponen fugitivos puntos de sombra sobre los últimos celajes. Los ruidos cesan. Las luces y las estrellas se encienden; una canción popular viene en la brisa tibia, que mece las palmeras y juega con tus cabellos. Hay un encanto apacible en el ambiente, y una melancolía, tenue como un velo, en mi alma. Evoco otras horas distintas, en que pasé a tu lado ignorando tu presencia, y quedo silencioso, con un silencio en que me reprocho no haberte entonces conocido... ¿En qué piensas? me dices, y yo miro tus ojos, que reflejan la lejanía borrosa de otro horizonte azul, y te contesto lentamente: en ti!

Y en nuestras almas, esta palabra es como una canción...

III.—La noche

Junto al mar, infinito ante nuestra mirada como lo eterno, sentimos más nuestra pequeñez de gusanos: gusanos que pueden, sin embargo, en alas de su fantasía subir hasta las estrellas...

Y esta noche, el ruido de las olas despierta en nuestro ser un eco indefinido, que nos envuelve con su sugestión extraña, y así hemos permanecido largo rato viendo en silencio deshacerse en la arena los encajes de la espuma. Después, nuestras miradas se encuentran, y prolongan en su brillo vagos horizontes de ensueño... Me he sentido dulce y bueno, tal vez porque a tu lado todo se baña en el aura de tu bondad.

Bajo el esplendor de las constelaciones, ha pasado una barca, que alza sus velas al soplo del viento como un ave que abre las alas: involuntariamente, hemos pensado en la ausencia que tal vez mañana separará nuestros corazones, y entonces he sabido que a veces, en un solo instante de ventura podemos vivir con una intensidad que nos hace, olvidados de todo, sumirnos en nosotros mismos, como las estrellas que, reflejadas en el cristal de las aguas, siguen empero en lo azul, parpadeando en lo infinito...

RUBÉN YGLESIAS HOGAN

(*Envío del autor*).

Página lírica de Gabriela Mistral

NUESTRA AMERICA

Digamos la palabra que Dios está soplando
en nuestro oído ahora, digámosla por sierras
y por llanos, clavémosla fieramente en la
[Tierra,
¡digámosla cantando, digámosla llorando!

Somos la América una, somos el Conti-
[nente
sobre el que España fué como pecho vertido;
somos lo sombra inmensa, de su brazo ex-
[tendido
y esta sombra no quiébrase en valles ni to-
[rrentes.

Nos rompieron el nombre único e infinito
con el cual la mitad del orbe se decía,
pero Dios, al nombrarnos nos llama todavía
con esas cuatro sílabas que caben en un
[grito.

Somos la misma carne, que padece y que
[canta
del Cabo de Hornos a Tejas, una sola cris-
[pada
cordillera, de Amor y Dolor ahuecada,
y cuyos ríos hondos nos dan la honda gar-
[ganta.

Decimos en la misma lengua de terciopelo
ardiente, el Padre Nuestro, de ternura des-
[hecho,
y es la lengua otra sangre que nos calienta
[el pecho,
y es su nudo, la inmensa voluntad de los
[cielos.

El hombre rubio ha herido la América en
[la frente:
Santo Domingo y México son tierra lace-
[rada,
y la invasión camina, bajo nuestra mirada;
la ola rubia, callada, desciende al Conti-
[nente.

Juntemos pueblo a pueblo a los hombres
[andinos
que no se ven el rostro, pero se oyen el
[canto,
juntemos las cien Razas como pliegues de
[un Manto
Y bajo el manto, que arda el Corazón Latino.

1922.

(*El Heraldo de la Raza*, México D. F.)

CANCION DEL HOMBRE DE PROA

El hombre sentado a la proa,
el hombre con faz de ansiedad,
¡qué ardiente navega hacia el norte,
sus ojos se agrandan de afán!

Los rostros que yo amo, los míos,
quedaron atrás
¡y mi alma los teje, los borda
encima del mar!

El hombre que piensa en la proa
padece de ansiar.
¡Qué lento que avanza su barco
y vuela fugaz!

Y mi alma quisiera la marcha
tremenda quebrar,
¡que todos los rostros que yo amo
se quedan atrás!

El hombre que sufre en la proa
el viento del mar,
se anticipa a los besos que espera
y arde de ansiedad.

Pero el viento del norte
¡qué beso pondría en mi faz
si los rostros que yo amo
quedaron atrás!

El viajero de proa me dice:
¿Qué vas a buscar
si en la tierra no espera la dicha?
No sé contestar.

Me llamaba en mis costas inmensas
la lengua del mar
¡y en mitad de la mar voy llorando
caída la faz!

1922.

(*El Mundo*, México D. F.)

LA MAESTRA DE ESCUELA

La maestra era pura. «Los suaves horte-
[lanos,
decía, de este predio que es predio de Jesús,
han de conservar puros los ojos y las manos,
guardar claro su aceite, para dar clara luz».

La maestra era pobre. Su reino no era
[humano,
así en el melodioso Sembrador de Israel.
Vestía sayas pardas, no enjoyaba su mano,
¡y era todo su espíritu un enorme joyel!

La maestra era alegre. ¡Pobre mujer he-
[rida!
Su sonrisa, manera de llorar con bondad;
por sobre la sandalia rota y enrojecida
tal sonrisa era flor de heroica santidad.

¡Dulce ser! En su río de mieles caudaloso,
largamente abrevaba sus tigres de dolor,
los hierros que le abrieron el pecho gene-
[roso,
más anchas le dejaron las cuencas del amor.

¡Oh labriego! Tu hijo de su labio aprendía
el himno y la plegaria... ¡Y no viste el fulgor
del lucero cautivo que en su carne esplendía!
¡Pasaste sin besar su corazón en flor!

Campesina. ¿Recuerdas que alguna vez
[prendiste
su nombre a un comentario brutal y baladí?...
Cien veces la miraste, ninguna vez la viste,
y en el solar de tu hijo, de ella hay más que
[de ti.

Pasó por él su fina, su perfumada esteva,
abriendo surcos donde alojar perfección.
La albada de virtudes de que lento se nieva
es suya. Campesina, ¿no le pides perdón?

Daba sombra por una selva su encina hen-
[dida,
el día en que la Pálida la convidó a partir.
Pensando en que su madre la aguardaba
[dormida,
a la de ojos profundos, se dió sin resistir.

Y en su Dios se ha dormido, como en
[cojín de luna,
almohadas de sus sienes una constelación,
canta el Padre para ella sus canciones de
[cuna
y la paz llueve largo sobre su corazón.

Como un hinchado vaso traía el alma
[hecha
para volcar aljófares sobre la Humanidad,
y era su vida humana la dilatada brecha
que suele abrirse el Padre para echar cla-
[ridad.

Por eso aun el polvo de sus huesos sus-
[tenta
púrpura de rosales de violento llamear,
y el cuidador de tumbas, cómo aroma—me
[cuenta—
la planta del que huella sus huesos al pasar...

1922.

(*El Fígaro*, Habana).

PIECESITOS

Piecesitos de niño
azulados de frío,
¿cómo os ven y no os cubren?
¡Dios mío!

¡Piecesitos heridos
por los guijarros todos,
ultrajados de nieves
y lodos!

El hombre ciego ignora
que allí donde os posáis
una flor de luz viva dejáis;

que allí donde ponéis
la plantita sangrante,
el nardo nace más fragante.

Sed, puesto que marcháis
por los caminos rectos,
heroicos como sois
perfectos.

Piecesitos de niño
dos joyitas sufrientes,
¡cómo pasan sin veros
las gentes!

(*Pictorial Review*. N. Y.)

EL HIMNO COTIDIANO

En este nuevo día
que me concedes ¡oh Señor!
dame mi parte de alegría
y haz que consiga ser mejor.

Dame Tú el don de salud
la fe, el ardor, la intrepidez,
séquito de juventud;
y la cosecha de verdad,
séquito de la ancianidad.

Dichoso yo si al fin del día,
un odio menos llevo en mí,
si una luz más mis pasos guía
y si un error nuevo extinguí.

Y si por la rudeza mía
nadie sus lágrimas vertió
y si alguien tuvo la alegría
que mi ternura le ofreció.

Que cada tumbo en el sendero
me vaya haciendo conocer
cada pedrusco traicionero
que mi ojo ruin no supo ver.

Y más potente me incorpore,
sin protestar, sin blasfemar.
Y mi ilusión la senda dore,
y mi ilusión me la haga amar.

Que de la suma de bondad,
de actividades y de amor
que a cada ser se manda dar:
sume de esencias a la flor
y de vapores a la mar.

Y que, por fin, mi siglo, ennegrecido
en su grandeza material,

no me deslumbre hasta el olvido
de que soy *barro* y soy mortal.

Ame a los seres este día;
a todo trance halle la luz.
Ame mi gozo y mi agonía;
ame la prueba de mi cruz.

(Pictorial Review. N. Y.

AL PUEBLO HEBREO

(A propósito de las matanzas de Polonia).

Raza judía, carne de dolores,
raza judía, río de amargura:
como los cielos y la tierra dura,
y crece aún tu selva de clamores.
Nunca han dejado orearse tus heridas;
nunca han dejado que a sombrear te tiendas,
para estrujar y renovar tu venda,
más que ninguna rosa enrojecida.
Con tus gemidos se ha arrullado el mundo
y juega con las hebras de tu llanto.
Los surcos de tu rostro, que amo tanto,
son cual las cordilleras de profundos.
Temblando mecen su hijo las mujeres,
temblando siega el hombre su gavilla.
En tu soñar se hincó la pesadilla
y tu palabra es sólo el ¡Miserere!
Raza judía, y aún te resta pecho
y voz de miel, para alabar tus lares
y decir el «Cantar de los Cantares»
con lengua, y labio y corazón deshecho.
En tu mujer camina aún María.
Sobre tu rostro va el perfil de Cristo;
por las laderas de Sión le han visto
llamarte en vano, cuando muere el día.
Que tu dolor en Dimas lo miraba
y El dijo a Dimas la palabra inmensa,
y para ungir sus pies busca aún la trenza
de Magdalena, ¡y la halla ensangrentada!
¡Raza judía, carne de dolores,
raza judía, río de amargura,
como los cielos y la tierra dura
y se eleva su selva de clamores!

1919. *(Chile Magazine.* Santiago de Chile).

MUJERES DE LA BIBLIA

RUTH

I

Ruth moabita a espigar va a las eras,
aunque no tiene ni un campo mezquino.
Piensa que es Dios dueño de las praderas
y que ella espiga en un campo divino.

El sol caldeo su espalda acribilla;
cae terrible a su dorso inclinado,
arde de fiebre su breve mejilla
y la fatiga le rinde el costado.

Booz se ha sentado en la parva abundosa.
El trigal es una onda infinita,
desde la sierra hasta donde él reposa,

que la abundancia ha cegado caminos...
Y en la onda de oro la Ruth moabita
viene espigando a encontrar su destino.

II

Booz mira a Ruth y a los recolectores
dice: —«Dejad que recoja confiada».
Y se sonríen los espigadores
viendo del viejo la absorta mirada.

(Eran sus barbas dos sendas de flores,
su ojo dulzura, reposo el semblante;
su voz pasaba de alcor en alcores
pero podía arrullar a un infante...).

Ruth lo miró de la planta a la frente
y fué sus ojos saciados bajando
como el que bebe en inmensa corriente...

Al regresar a la aldea, los mozos
que ella encontró la miraron temblando;
pero en su sueño Booz fué su esposo...

III

Y aquella noche, el Patriarca en la era
viendo los astros que tiemblan de anhelo,
recordó aquello que a Abraham prometiera
Jehová: «Más hijos que estrellas dió al cielo».

Y suspiró por su lecho baldío;
oró llorando e hizo sitio en la almohada
para la que, como baja el rocío,
hacía él vendría en la noche callada.

Ruth vió en los astros los ojos con llanto
de Booz llamándola, y estremecida,
dejó su lecho y se fué por el campo...

Dormía el justo, hecho paz y belleza.
Ruth, más callada que espiga vencida,
puso en el pecho de Booz su cabeza...

1921. *(Revista de Revistas.* México D. F.)

BALADA

El pasó con otra,
yo lo vi pasar.
Siempre dulce el viento
y el camino en paz.
¡Y estos ojos míseros
lo vieron pasar!

El besó a la otra
a orillas del mar.
Resbaló en las olas
la luna de azahar.
¡Y no untó mi sangre
la extensión del mar!

El va amando a otra
por la tierra en flor.
Ha abierto el espino.
Pasó una canción.
¡Y él va amando a otra
por la tierra en flor!

El irá con otra
por la eternidad.
Habrá cielos dulces.
Dios quiere callar.
¡Y él irá con otra
por la eternidad!

1922. *(Proteo.* Guayaquil).

El "colloquium" de Einstein con los sabios franceses

POR CORPUS BARGA

El sabio alemán ha venido a París después de haber ido científicamente a Nueva York, a Londres, a Bolonia. Es innegable que con motivo de este viaje los nacionalistas de París han asomado un poco la oreja. No sólo los nacionalistas propiamente dichos. Un señor ha escrito muy gravemente que el proverbio «el tiempo es oro» prueba que Einstein no ha inventado nada. Y para que todo sea cómico, ha escrito eso en «El Tiempo». Pero tales manifestaciones, nacionalistas, provincianas, no cuentan. La recepción hecha al sabio alemán por el Colegio de Francia y las Sociedades sabias francesas ha sido emocionante y provechosa. Gracias a un mecenas, el Colegio de Francia, que es una asamblea de profesores, puede invitar regularmente a sabios extranjeros. Entre los invitados a costa de la fundación Michonis, antes que Einstein, figuró el físico holandés Lorentz, cuyos trabajos tienen tanta importancia en la historia de la relatividad. Alberto Einstein llegó a París en segunda, y una vez en la estación, cogió él mismo su maleta y se sumió en el Metropolitano. Ha vivido con igual anónimo. No le ha cercado el esnobismo. Todos los que le hemos escuchado, claro está, o, mejor dicho, porque está obscuro, no estábamos suficientemente preparados para ello. Pero otros han podido seguir este año completamente, en el Colegio de Francia, el curso de Langevin, de quien ha dicho públicamente Einstein que ha conseguido demostrar por un método nuevo, más sencillo y directo, las proposiciones más importantes de las teorías relativistas. Todavía no se han publicado las lecciones del profesor Langevin. A muchos españoles aficionados les convendrá leerlas antes que los libros de Einstein, y después de la «Teoría de la relatividad», de Schlick, tan admirablemente traducida y aclarada por el profesor español Morente.

* *

Einstein no es simpático, me parece a mí, a primera vista. No es tampoco el tipo de profesor alemán, tal como se cuenta. Ni gafas, ni desnudo en el cráneo. Una intención de melena desmenelada. Rostro aceitunado, nariz algo de careta. El cuello de la camisa bien puesto con la corbata; ribete blanco en el chaleco. Hombros fuertes, una pizca cargados. Muñecas sin puños postizos, gordas y blandas, revoloteando pesadamente por el encerado. Einstein discute con los sabios franceses, hablando, sobre todo, gráficamente. Por cada fórmula que escribía Painlevé, trazaba una figura Einstein. Aquí sí que entra el nacionalismo, el genio y la cultura de cada país. Painlevé, el gran matemático francés, es el francés que seguramente

tenía más deseo de encontrarse con Einstein. Venía haciendo Painlevé comunicaciones a la Academia de Ciencias que eran un intento de crítica seria de las teorías einsteinianas sobre la relatividad. El encuentro Einstein-Painlevé ha desvanecido el intento tal como se presentaba. Painlevé tendrá que emprenderlo por otro lado. Painlevé hablaba con el genio francés de la matemática pura. Einstein le respondía con el genio alemán de la matemática física.

—Siempre se puede definir—le dijo una vez Einstein—. Luego hay que saber cómo la realidad responde a la definición.

Y al profesor Leroux, que, apoyándose en los diversos medios de medir un triángulo, deducía que la curvatura del plano era dependiente, no de la materia, sino del método de medición, y que el triángulo siempre era el mismo:

—Habría que verlo—le contestó Einstein, mientras trazaba una circunferencia y su radio.

Después añadió:

—Esta circunferencia vale el producto de su diámetro por un número inconmensurable, ¿no es verdad? Pero también podemos medirla, aplicando una regla determinada, todas las veces que haga falta.

En las teorías de Einstein, como en toda la ciencia, que es el buen sentido, no falta lo del huevo de Colón. Mas qué fantasía, qué cosa inimaginable, ese nuevo campo de gravitación que Einstein ha descubierto a la razón humana.

* *

En la Sociedad de Filosofía han discutido con Einstein, Bergson y Meyerson, entre otros filósofos. Einstein ha desentendido su teoría de la filosofía bergsoniana como de toda filosofía. De Nietzche ha opinado en una conversación particular:

—Lo que menos me gusta de él—dijo—es que da la impresión de querer halagar al lector.

Einstein es, más que halagador, subyugador, dulcemente subyugador, cuando explica sus teorías. Su balbuceo del francés aun subrayaba esta impresión. Esta suave potencia, ¿es debida a la fuerza de su teoría, o su teoría se beneficia con tal facultad?

Los sabios franceses iban en cada sesión cediendo al encanto de Einstein. Painlevé, el día último, después de ponerse de acuerdo con él, está como un chico que saca sobresaliente. Un astrónomo, encanecido, le preguntó a Einstein si podía seguir ciertos cálculos que había emprendido. Einstein, dulcemente, le descubrió la verdad.

—¿Me hago comprender?—le preguntó.

Y fué una de las emociones más fuertes de mi vida, ver al astrónomo encanecido en el estudio responder ante el derrumbamiento de su ciencia:

—¡Empiezo a entrever la verdad!

Ante el nuevo universo, hablaba este sabio, ya anciano, sin la amargura de llegar tarde, como un niño a quien dan una pelota para jugar.

(El Sol, Madrid).

La evolución del carácter

Por ANA ROSA CHACON

(Concluye. Véase el número anterior).

La decisión de tomar por nuestras propias manos las riendas de nuestro progreso no se les ha ocurrido a los más, antes de la vida presente. Es muy difícil arrancar con todo su raigambre la espesa e impenetrable maraña de los malos hábitos y costumbres contraídas desde hace siglos, y sustituirlos por otros de naturaleza noble, pura y sutil. Es obra dura y penosa que obliga al individuo a un grande y constante dominio de sí mismo, cuyo motivo el hombre ordinario no precisa con fijeza, porque por una razón especial y lógica nadie quiere ser malo, o más bien, nadie quiere que se le juzgue como tal, y cada quien se sincera consigo mismo de sus acciones incorrectas y les encuentra su disculpa. Pero es necesario que ansiemos, que tengamos el anhelo profundo de dejar de ser este hombre ordinario y oponer alguna resistencia al torbellino de las pasiones. Nosotros seremos cada vez mejores, pero hemos de decidirnos a seguir el divino esquema de la Evolución y a trabajar de acuerdo con la Gran Ley que ha colocado a cada cual en su puesto; y así no sólo aceleraremos nuestro propio adelanto, sino el de las personas que nos rodean. Si no luchamos, si no intervenimos conscientemente, la corriente evolutiva nos envuelve siempre, pero el proceso será aún más penoso y más lento, y entorpeceremos el adelanto de aquellos que tengan la fatalidad de percibir nuestras influencias.

Pasemos ahora a ver como emprenderemos el trabajo. En primer término oigamos la autorizada voz de Mrs. Besant:

«El que quiera formar carácter refrenará su lengua y será fiel a sus promesas. Será sincero y rigurosamente verídico.

»Tendrá fidelidad, constancia, exactitud, lealtad y probidad en todo cuanto hace, piensa y dice.

»Además de verídico, será dulce y apacible y su corazón estará lleno de compasión.

»No debe causar daño a nadie ni debe ser falso en el más mínimo detalle.

»Será noble y desinteresado.

»El pensar, hablar y obrar bien son el triple cordón que une al hombre con la Humanidad y con el Maestro.

»Después para formar el carácter es necesario que la vida tenga un ideal. Es necesario vivir un plan preconcebido».

Una vez que el hombre ha comprendido que existe un más allá más noble y elevado, del cual deberá llegar a formar parte integrante, deseará tomar participación activa e inteligente en esta obra divina. Y nuestra acción no habrá de ser únicamente para destruir lo grosero y vicioso, sino que vamos a construir y a adquirir virtudes positivas.

Existen dos caminos para la dirección de este trabajo. Uno por medio del estudio, es decir, el conocimiento, y otro, el de la devoción. Cuando la devoción está bien inspirada puede considerarse como una condición gloriosa, perfectamente indistinguible del conocimiento espiritual. Sobre todo si esta devoción es por un ideal y no por una personalidad por elevada que ésta sea.

Para auxiliarnos en esta verdadera empresa de la consecución del carácter, recordemos ahora los tres sabios preceptos de Budha: «Cesad de hacer el mal». «Aprended a practicar el bien». «Sed limpios de corazón».

Si analizamos cada uno de estos tres versículos, veremos que para conseguir lo que cada uno de ellos pide, hay material de trabajo para más de una existencia. Un ejemplo del precepto primero. «Cesad de hacer el mal». Nos referiremos a la irritabilidad, defecto demasiado común, pues constantemente se están produciendo choques de opiniones y vivimos en un estado de profunda tensión nerviosa. ¿No es este un mal, un vicio que deba combatirse? Está en tal forma arraigado que muchas personas están persuadidas de que esa actitud es su carácter típico, y no hay tal, es simplemente falta de deseo de reprimirse por la ausencia del conocimiento; por más que existen casos de excesiva sensibilidad, pero no son los más y tienen algunos aspectos variantes. Además, la irritabilidad tiende a producir marcadas perturbaciones en el cuerpo astral,

y el hombre superior está convencido de que el cuerpo astral debe estar bajo su completo dominio, dados los fines para lo cual ha sido creado, a manera de brioso caballo que el hábil ginete gobierna, dirige y manda. Calcúlese el mal que un individuo de carácter irritable se procura. Cuando se halla en tal estado, dice cosas y lanza cargos que luego deplora amargamente. A veces desea corregirse, pero cae de nuevo en la falta, diciendo o haciendo algo grave, que de no haber sido ofuscado, y haber tenido tiempo de pensarlo, jamás lo habría hecho. Persevera en su esfuerzo, incurre en la misma falta, pero logra dominarse en el preciso momento en que iba a estallar, es decir, ya logró la no exteriorización de su vicio. Ha conseguido ya gran parte, y de esto al triunfo final ya queda poco. Un nuevo esfuerzo y ya la irritabilidad habrá desaparecido habiendo dejado el campo a la gran virtud de la paciencia.

Otro ejemplo. Un defecto muy generalizado es la presunción. Es natural, como antes se dijera, nadie quiere ser malo, y se desea tener un buen concepto de sí mismo, y existe la tendencia de exagerar cualquiera pequeña cualidad que se tuviere. Se da demasiada importancia a dicha cualidad y no se ven los otros defectos que nos mantienen en un nivel inferior al de muchos otros hombres. Hay que estar alerta con la presunción, porque tiene las más variadas formas, fases y aspectos y es uno de los defectos más difíciles de extirpar por su sutileza, y uno de los que mayormente obstaculizan el adelanto espiritual.

El prejuicio y la intolerancia, otros nuevos diques que se oponen al adelanto y a la formación del carácter. Aparecemos muy frecuentemente intolerantes con las ideas nuevas o con las crencias que no son las nuestras. A tal punto, que muchas veces cerramos ojos y oídos a la verdad. La intolerancia no se refiere únicamente al campo del dogma religioso, sino también al de las ciencias y las artes. Puede ser que muchas veces esta intolerancia no sea más que una variante de la presunción.

El hombre a menudo se da cuenta de sus defectos, pero es demasiado tolerante para con él mismo y califica sus faltas de naturales. Pero el que ansía el adelanto, y por este sólo hecho ya se coloca en un nivel moral superior que el hombre vulgar, ha de estar por encima de lo que es natural al común de la raza, de manera que sólo pueda vibrar con lo justo, con lo bueno y con lo verdadero. Es decir, extirpar el mal y sustituirlo por el bien hasta en los más simples actos de la vida. Una manera de resolver este problema de no hacer el mal, es esforzarse por llevar a cabo el segundo precepto: «Aprended a practicar el bien». En vez de empeñarse por extirpar una mala costumbre realizar la opuesta virtud.

Por los ejemplos antes citados comprenderemos cuán lejos estamos de la perfección y la importancia que tiene la cualidad del dominio de sí mismo, pues si bien hemos dominado las pasiones más groseras como el alcoholismo y el sensualismo, y esto sin dudarlo, es fruto de empeños de otras vidas, aun nos quedan un sinnúmero de variantes de ellas, tales como la glotonería, los bajos deseos, que tendremos que sujetar al dominio de nuestra voluntad.

Existe otra fase del dominio de sí mismo y bajo otro aspecto de una importancia trascendente. Este es, cuando el pesar o el dolor nos afligen y dejamos a nuestro ánimo abatirse. En vez de conservar la calma y la serenidad, uno se identifica y abandona al vehículo inferior que lo arrastra. Aquí el hombre debe hacer un llamamiento enérgico a su dominio y con actitud resuelta decirse las palabras dictadas por Leadbeater: «Las fuerzas que proceden del exterior obran sobre mis vehículos inferiores, afectando a mi cuerpo físico y astral, pero yo, el alma, el Hombre Verdadero, está por encima de todas estas cosas; yo permanezco imperturbable y yo no quiero permitir que ellos me molesten y dominen».

Otro esfuerzo, titánico por cierto, es el que debemos hacer para hundir para siempre el deseo de venganza, desgraciadamente tan difundido. Cada quien quiere vengarse por lo que otro ha dicho o hecho. Esto no sólo implica una falta de dominio, sino de sentido común. No es para afectarse lo que otro hombre dice o hace. En la mayoría de los casos son actos irreflexivos, producto de la irritabilidad y de la presunción únicamente. Y si el dicho fuere deliberadamente, el daño mayor es para quien lo ha proferido, pues considerado bajo el punto de vista de la ley divina de justicia, el hechor sufrirá las consecuencias de su transgresión. Es nuestra propia sensibilidad la que puede permitir a las palabras dichas que se conviertan en ofensas y nos afecten. Si nos preocupamos por las palabras dichas, nosotros mismos somos los responsables de los daños causados a nuestro cuerpo astral y la culpa de este daño la tiene sólo la falta de dominio. Hay que oponer a este vicio la calma y la serenidad que colocan al individuo en condiciones de poder despreciar esas miserias y poder seguir adelante hacia el ideal preconcebido. Si esto lo hiciéramos rigurosamente, ese vicio fatal, ese gran mal, ese gran atentado que se llama murmuración, encontraría aquí su muerte.

Siento que al hablar de este delicado asunto de la venganza, la sonrisa de la ironía y de la desconfianza y aun el gesto de la inconformidad asoma a más de un semblante. Es en realidad una de las cosas más difíciles por estar rodeada de una serie de circunstancias y detalles que al parecer, complican la cuestión. Muchos dirían: No es venganza, es castigo lo que a veces se impone, y si no se lleva a cabo implica ausencia de coraje o de valor! Alerta! Que no nos ciegue la venda de la presunción ni del prejuicio que con tan variados matices disfrazan hábilmente sus ennegrecidos huesos! No cedamos el campo al orgullo y a la pedantería y al decantado amor propio y al concepto tan erróneo que del honor tenemos, que valor no será nunca el del matón y recordemos por un momento la piedra de David haciendo

Respondiendo

San José, 28 de agosto de 1922.

Sr. Director del

DIARIO DE COSTA RICA,

Pte.

Mi amigo: Valga la siguiente respuesta a su pregunta, que le agradezco.

El convenio suscrito a bordo del «Tacoma» tiende, en lo inmediato y esencial, a que disfruten en paz de presidencias vitalicias y sin méritos las antipáticas oligarquías que hoy tienen cogido el mando en los países vecinos del norte. Como los mandones no son estimables ni deseables, a los pueblos debe quedarles el inalienable y sagrado derecho de rebelarse contra ellos y de botarlos apenas puedan. Por lo tanto, no estaría bien que Costa Rica se adhiriera a un convenio que conspira contra la libertad y la justicia, dos bienes supremos a que tienen tanto derecho como nosotros los pueblos hermanos del norte.

Toda rebelión contra los nepotismos hereditarios—y no son otra cosa los gobiernos de los países vecinos—debe alentarse y no sofocarse, como lo pretenden algunos, si es que el decoro es el sustento de nuestra conducta política; si es que estas tierras de Centro América aspiran a ser patrias y no infelices factorías de los banqueros norteamericanos y sus agentes.

De su amigo,

J. GARCÍA MONGE.

rodar por tierra al temible gigante Goliath. Valor es otra cosa bien distinta de lo que hasta ahora hemos querido comprender y considerar. El valor puede definirse en esta frase: Ecuanimidad perfecta ante el peligro y resolución firme ante el sacrificio. Y al hablar de sacrificio, el que menos podría tomarse en cuenta, relativamente, es el de la vida, aun por las personas completamente ajenas a las doctrinas teosóficas, porque a veces, el hombre aceptaría sonriente y gustoso la muerte, antes que ver esfumarse su fortuna, quizá amasada en buena lid, perdidas sus consideraciones sociales, pisoteado su honor, o lo que es más amargo y angustioso, renunciar a un ser que en verdad se ama!... Así considerado el valor constituye una virtud excelsa que figura en primer término para la formación del carácter. Y ya vemos a las claras que carácter es conocimiento, sabiduría y sacrificio.

Aquí cabe recordar nuevamente lo que al principio aseguráramos, que todo esto no lo vamos a conseguir en un día, pero ya que lo sabemos, debemos comenzar a practicarlo, a vivirlo, y así las sabias enseñanzas de los Maestros Protectores de la humanidad no serán letra muerta. Recordemos también que una de las condiciones para la formación del carácter es la veracidad, y si verdad son estas enseñanzas, ¿por qué no empezar a vivirlas?

Cuando hayamos conseguido esa perfecta calma y serenidad nos sentiremos inmensamente más felices de lo que éramos antes. Y no es que pensemos en nuestro adelanto sólo para conseguir nuestra propia felicidad, sino la de nuestros semejantes, y esto sólo es posible si nuestro espíritu irradia calma y sosiego. No hay placer más intenso que el de servir y el de ser útil, y el único modo de llegar a ser feliz es procurando que los demás lo sean.

Así, pues, por todo lo antes dicho llegamos a las siguientes conclusiones: Para la formación del carácter deben ser exaltadas las siguientes virtudes y cualidades iluminadas por el conocimiento: valor, veracidad, perseverancia, sinceridad, constancia, tolerancia, calma, serenidad, paz y alegría. Pensamiento puro y ser limpios de corazón. Temor y lucha sólo a la ignorancia y al mal!

Siendo la evolución del carácter un tema tan amplio y digno de muy vasto y concienzudo estudio, quedan por detallar y esclarecer varios puntos, pero no quiero abusar por más tiempo de la amable complacencia de mis oyentes. Por otra parte, confieso en la forma más sincera que debieron ser otras manos las que aquí hubieran traído este trascendente problema del desenvolvimiento espiritual. Concluiré, pues, asegurando que por arduo que sea el problema y la medida del tiempo nos parezca inconmensurable, debemos comenzar ya nuestro trabajo recordando lo siguiente: «Nuestro deber es ser felices puesto que Dios manda que el hombre lo sea.» Y que: «El mundo está regido por un benéfico poder cuya voluntad es que el hombre progrese».

(*Envío de la autora*).

La entrevista de Santa Ana

Por CORNELIO HISPANO

[Interesante página histórica ésta. Recomendamos su lectura a los que en Costa Rica son enemigos—¡y ya son muchos!—de los abogados y de los hombres de luces en general].

Por primera vez, en el venturoso año de 1820, vislumbraron los patriotas la posibilidad de dar cima a la guerra de independencia por medios civilizados y pacíficos. La revolución liberal de España, encabezada por el infortunado Rafael Riego, por su destino tan semejante a Rienzi, el último tribuno, constriñe al gobierno de la metrópoli a sustituir el despotismo con el régimen constitucional de 1812, y, como consecuencia, lo obliga a expedir instrucciones a los jefes de ultramar en que los autoriza para entrar en conferencias con los republicanos de América. Morillo las recibe en Caracas, en junio de aquel año, ordena publicar la Constitución, y de mala guisa se prepara a cumplir las instrucciones.

Con tales medidas Don Fernando, el séptimo y último, o los que lo aconsejaban, se hacían la ilusión de poder apaciguar del todo sus lejanas colonias, sin advertir que no había pasado nada, sino diez años de feroz guerra a muerte, cuya sangre caliente humeaba aún en las pampas venezolanas, y olvidando que después de una revolución, por incruenta que sea, las cosas no vuelven a tomar el nivel de antes, lo que fué siempre error fatal de los Borbones, por lo cual se ha repetido tanto que nunca perdonan ni olvidan.

Refiere en sus *Recuerdos* el terrible amigo de Boves, José Domingo Díaz, que cuando Morillo leyó las instrucciones de su gobierno sobre tratados con los insurgentes, exclamó indignado: «Están locos; ignoran lo que mandan; no conocen el país, ni los enemigos, ni los acontecimientos, ni las circunstancias; quieren que pase por la humillación de entrar en estas comunicaciones. Entraré porque mi profesión es la subordinación y la obediencia» [1]. Los jefes realistas, no obstante que muchas veces habían mordido el polvo, aun creían que con los republicanos de América no se podía tratar de igual a igual. Morillo, sin embargo, reprimió su arrogancia natural, y desde el mismo mes de junio empezo a dirigirse, en términos conciliadores, a los jefes patriotas, proponiéndoles la suspensión de hostilidades.

Una anécdota da idea cabal de la actitud del Jefe supremo de la revolución ante aquellas inesperadas propuestas de paz de los realistas. Un oficial español, enviado con cartas a Trujillo, fué invitado a la mesa del Libertador, y como en el curso de la comida se aventurase a insinuar que Morillo exigiría previamente la contramarcha de los patriotas a su antiguo cuartel general de la frontera granadina, Bolívar replicó airado: «Diga usted a su jefe que él se retirará a sus posiciones de Cádiz, antes que yo a Cúcuta». Y, en seguida, escribió a Morillo, el 20 de noviembre: «El teniente coronel Pita ha tenido la imprudencia de decirme que V. E. piensa que yo debo evacuar el territorio libre de Venezuela para volver a ocupar mis posiciones de Cúcuta. No es el gobierno español el que puede dictar condiciones ultrajantes, y últimamente ofensivas a los intereses de la República de Colombia...» Morillo se apresuró a contestar así: «El carácter de Pita cerca de V. E. no ha sido otro que el de un mero conductor del pliego que tuve la honra de dirigirle, y las especies que haya producido, con mayor o menor ligereza, deben reputarse como efecto de una conversación particular que ninguna influencia puede tener en nuestras negociaciones». Una transformación fundamental y repentina, como sucede siempre en los grandes sucesos humanos, se había efectuado. Los dioses vengadores, que en tales sucesos pronuncian siempre la última palabra, volvían la espalda al español, y a todo lo que él representaba entonces, y aun hoy sim-

(1) *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*. Madrid, 1829.

boliza, en parte, de inveterada incomprensión e iniquidad.

* *

Concluido el tratado de armisticio y regularización de las hostilidades, que ponía fin a diez años de encarnizada guerra, suscrito por los Plenipotenciarios de los Jefes supremos, en Trujillo, el 26 de noviembre de 1820, a las 10 de la noche, y ratificado por Bolívar en la misma casa donde siete años antes había firmado el célebre decreto de guerra a muerte, el general español manifestó, por medio de sus comisionados, que deseaba tener una entrevista con el Libertador, quien la aceptó gustoso, designándose el pueblo de Santa Ana, situado a la mitad del camino entre Trujillo, residencia de Bolívar, y Carache donde estaba Morillo. Ambos generales marcharon a aquel pueblo seguidos por algunos jefes y oficiales. Al avistarse, se desmontaron y se precipitaron a darse estrechísimo abrazo.

Morillo había hecho preparar en la población una comida sencilla y delicada. «El gozo, la buena fe y la sinceridad, dice el coronel español Vicente Bausáa, que asistió a la entrevista, brillaban en los semblantes; la efusión íntima y verdadera del alma aparecían en el rostro de todos los circunstantes. La comida, dispuesta por el General Morillo, fué tan alegre y animada, que no parecía sino que éramos antiguos amigos. Bolívar brindó en varias ocasiones por la paz y el valor del General en Jefe y su ejército. El General Morillo, con toda la sinceridad de su corazón, y hasta saltársele las lágrimas de placer, por la concordia y mutua fraternidad, y todo, amigo, eran abrazos y besos. Los Generales Morillo y Bolívar se subieron a la mesa del convite para brindar por los valientes de ambos ejércitos, a lo que se siguieron *vivas* a Bolívar y a Morillo. Se decretó levantar un monumento en el mismo lugar en que se abrazaron por primera vez los Generales, y ellos mismos colocaron la primera piedra con un juramento solemne» [(1)]. La Torre, el más hidalgo de los jefes peninsulares en la guerra de América, devolvió a Bolívar unas pistolas magníficas perdidas por éste en la sorpresa de Casacoima.»

En la mañana del 28 se dirigieron de nuevo Bolívar y Morillo al lugar donde se abrazaron por primera vez; se estrecharon, repitieron sus promesas y sentimientos, vitorearon alternativamente a España y Colombia, y se despidieron para siempre. A las pocas horas de aquella despedida, Morillo escribió a Bolívar una hermosa carta, que éste contestó como sólo él sabía hacerlo:

«No hay momento, le decía Bolívar, que no recuerde alguna idea, alguna sensación agradable, originada de nuestra entrevista. Yo me doy la enhorabuena por haber conocido hombres tan acreedores a un justo aprecio, y que a través de los peligros de la guerra no podíamos ver sino cubiertos de las sombras del horror....

»Todos nuestros amigos comunes han agradecido sobremanera las expresiones de aprecio con que usted los ha honrado, y las retornan con la más fina voluntad. Haremos, sin embargo, mención muy particular de nuestro General La Torre, que nos ha agradado infinito; del elegante Coronel Tello, y del precioso amigo Caparros, que nos ha enamorado tanto por su bellísima índole como por su expresiva fisonomía».

Al propio tiempo, Morillo dirigía esta carta a un amigo:

«Carache, noviembre 28 de 1820.

«Mi estimado Pino: Acabo de llegar al pueblo de Santa Ana, donde pasé ayer uno de los días más alegres de mi vida, en compañía del General Bolívar y de varios oficiales de su Estado Mayor, a quienes abrazamos con el mayor cariño. Todos estuvieron contentos; comimos juntos, y el entusiasmo y la fraternidad no pudieron ser mayores. Bolívar vino solo con sus oficiales, entregado a la buena fe y a la amistad, y yo hice retirar inmediatamente una pequeña escolta que me acompañaba. No puede usted ni nadie persuadirse de lo interesante que fué esta entrevista, ni de la cordialidad y amor que reinó en ella. Todos hicimos locuras de contento, pareciéndonos un sueño el vernos allí reunidos como españoles, hermanos y amigos. Crea usted que la franqueza y sinceridad reinaron en esta unión. Bolívar estaba exaltado de alegría; nos abrazamos un millón de veces y determinamos erigir un monumento para eterna memoria del principio de nuestra reconciliación en el sitio en que nos dimos el primer abrazo....*Morillo*».

Y su nota secreta decía a su Gobierno:

«Nada es comparable a la incansable actividad de este caudillo. Su arrojo y su talento son sus títulos para mantenerse a la cabeza de la revolución y de la guerra; pero es cierto que tiene de su noble estirpe española rasgos y cualidades que le hacen muy superior a cuanto le rodea. El es la revolución».

Hoy día existe en aquel sitio memorable un monumento sobre el cual reposa la piedra histórica que aquellos hidalgos adversarios colocaron, con sus propias manos, en recuerdo de su primer abrazo, y en una de las plazas de Caracas se ven, en letras de oro, grabadas sobre una lápida de mármol, estos versos de Alejandro Carías, malogrado poeta caraqueño, escritos en los días del centenario de Venezuela, en 1911, y a quien se los oí declamar ante el abrazo renovado por los últimos descendientes de aquellos héroes: don Aníbal Morillo y Pérez, Conde de Cartagena y Marqués de *La Puerta*, y don Juan Vicente Camacho, último vástago de los Bolívar de Caracas.

LAUDE

Este que ves, lector, mármol sencillo,
te recuerda que en época lejana,
ante la furia de contienda insana
se abrazaron Bolívar y Morillo.
Piedra monumental de ilustre brillo
da fe de aquel abrazo en Santa-Ana:
sepulcro alzado a la fiereza hispana
y al Decreto de Muerte de Trujillo.
Juntos desagraviaron los guerreros,
al declinar su indómita bravura,
con los de Cristo los hidalgos fueros.
Y nos legaron como herencia pura,
de españoles de Indias y de iberos.
timbre de unión que en las edades dura!

* *

En 1826 el librero francés P. Dufart publicó en París un libro con este título: *Memoires du Général Morillo*, el cual contiene diversos documentos relativos a las campañas del Pacificador en América.

Morillo hizo traducir al francés y dirigió la publicación de este libro, aunque se empeñó por hacer aparecer lo contrario, según consta de una carta inédita publicada por su biógrafo, Diego Banario Arana [(1)]. Parece que fué Wellington quien, en 1914, lo recomendó al rey de España para que viniera a pacificar las colonias insurrectas, probablemente para deshacerse de un elemento corruptor en el ejército, que ordenaba el saqueo de las aldeas francesas que ocupaba [(2)].

En mala hora enviado a América, al decir de Menéndez Pelayo [(3)], «llamándose defensor de la religión católica y de la moral cristiana», según el historiador Restrepo [(4)], su cuchillo salvaje no perdonó, en los cinco años y medio de su despotismo en Colombia, las más altas inteligencias, ni las más excelsas virtudes. Caldas, el sabio e inmaculado Caldas, y Camilo Torres, el maestro y padre de la Revolución, fueron las víctimas de su ignorante ferocidad.

Don Pablo Morillo, conde de Cartagena, nació en Fuentes Secas el 5 de

(1) Blanco-Aspurúa. T. VII. 246, 471.

(1) Blanco-Azpurúa. T. VII, 516. Cf. también: A. Rojas. *Obras* Eduardo Posada. *Boletín de Historia y antigüedades*, Bogotá, septiembre, 1902, y la *Biografía de Morillo* por A. Rodríguez Villa, Madrid, 1910.

(2) Carta de Wellington a Morillo, suscrita en San Juan de Luz, el 23 de diciembre de 1813.

(3) Menéndez Pelayo. *Antología de poetas hispanoamericanos*.

(4) *Historia de Colombia*. T. 431.

mayo de 1778. Después de su entrevista con Bolívar, en 1820, desalentado de los pocos éxitos obtenidos con sus métodos de guerra sin cuartel, y persuadido de que era inevitable el triunfo de los patriotas colombianos, entregó el mando a Latorre, se retiró a Caracas y se embarcó para España, llevando a sus reales amos los más tristes mensajes. Años después, el 27 de julio de 1837, murió, olvidado de todos, en la estación de baños de Bareges, en Francia.

Su obcecación contra los hombres de luces le hizo decir, en su entrevista con el Libertador, cuando éste le reprochó las ejecuciones de Torres, Caldas y demás próceres de Bogotá, «que le había hecho un bien quitándole a esos abogados revoltosos que le tendrían trastornada a Colombia si vivieran, con lo cual a él le sería más fácil vencerlo»[1].

Páez, a quien aquello sonó tan bien, escribió a Bolívar en 1826: «Usted no puede figurarse los estragos que la intriga hace en este país, teniendo que confesar que Morillo le dijo a usted una verdad en Santa Ana, sobre *que le había hecho un favor en matar a los abogados*. Pero nosotros tenemos que acusarnos del pecado de haber dejado imperfecta la obra de Morillo, no habiendo hecho otro tanto con los que cayeron por nuestro lado; por el contrario, les pusimos la República en las manos y nos la han puesto a la española, porque el mejor de ellos no sabe otra cosa».[2].

Tan mísera carta es muy digna del execrado fautor de la disolución de Colombia, la grande, y la valiente juventud intelectual de esta República, fundada en la horca, por el abogado Camilo Torres, no debe olvidarla nunca, si no quiere bastardear de su raza y renegar de su sangre.

(*Cromos*, Bogotá).

(1) *Memorias sobre Bolívar*, por T. C. de Mosquera. Nueva York. 1853, 2ª parte.
(2) O'Leary. *Documentos*. T. II, p. 58.

Recuerdos de infancia

(Para R. L. A., cordialmente)

ERA un enorme grupo de chiquillos fogosos e inocentes que vivían en las vecindades de la Iglesia del Carmen y que en las tardes luminosas o en las noches serenas, se reunían en la placita frente a la Iglesia, para comenzar sus variados juegos infantiles.

Grupo grande era aquel, ya que en cada casa había, como por bendición de Dios, tres o cuatro chiquillos, sin contar las hermanitas, pues ellas formaban un grupo aparte y rara vez se mezclaban en los juegos de ellos.

Todas las tardes, después de hechas las tareas de la escuela y los mandados del hogar, iba llenándose la plaza de chiquillos; unos a jugar trompos, otros bolitas de vidrio, los más atrevidos subíanse a las altas ramas de los higuerones y eucaliptos de la plaza, en el afán de estar a la misma altura que los dos «santos de piedra» colocados en alto, a los lados de la Iglesia; los más pequeños, tímidos tal vez, se sentaban a la sombra de los árboles y con los ojos grandemente abiertos seguían los movimientos de los más grandes.

En las noches de luna se jugaba el «San Selerín» o el «Ambo» y entonces, en la paz de la noche, las voces infantiles mezclábanse con el susurro del viento que agitaba las ramas bañadas en luz y la plaza, iluminada solamente por la luna, se cubría con las sombras de las rondas de chiquillos.

¡Qué inocentes juegos de infancia!, tienen un encanto especial que transforma en paz todo el dolor de la vida!

Los más grandes de este grupo de muchachos, los que habían hecho largas excursiones y sabían de pozas y de puentes, eran dueños de grandes extensiones de terreno y tenían poder absoluto sobre éstas, de manera que ningún otro muchacho podía entrar allí sin previo consentimiento del propietario, y de este modo, uno era dueño del Virilla y sus alrededores, otro de «La Bermúdez», éste del Tururo, aquél de Pirro con su puente y cafetales circunvecinos, y eran verdaderamente dueños, amaban sus tierras y cuántas veces se desvelaron pensando en sus posesiones; ay! del muchacho osado que llegara sin permiso a la poza del Virilla o de Pirro, pues en sabiéndolo su dueño, se dirigía acompañado de multitud de chiquillos en defensa de su propiedad.

Algunos de ellos eran admirables gimnastas y construían circos en los patios de las casas más cómodas. Fácil era construir un circo; unas cuantas cañas de bambú, algunos sacos de manta extendidos y cajones para acomodar al publico. ¿Las argollas y barras? ¡Ellos sabían como dar la sorpresa! El más flexible y atrevido era el barrista, otro pasaría las argollas, éste sería el tenor, aquél, el más gracioso, sería el payaso.

¡La música! ¡Era muy sencillo! Dos chiquillos tocaban con varillas de paraguas unas grandes cajas de lata y otro, metido en un cofre viejo, golpeaba fuertemente imitando el bombo. Y era de ver el entusiasmo del público, compuesto en su mayoría de chiquillas, que entonces sí eran admitidas e invitadas con especialidad. Se cobraba poco, dos o tres botones de buena calidad, y se tenía un público selecto que sabía aprobar lo bueno y aplaudir locamente lo excelente!

Los sábados por la tarde había grandes cabalgatas, en las que entraban hasta cuarenta jinetes, con cuchillos de madera o de hojas de piñuela a la cintura y montados en caballos hechos de ramas de sauco o de café, cogidas en el solar de la casa. Iban a explorar; el muchacho más grande iba a la cabeza y era de ver con qué orgullo manejaban las riendas. Eran jinetes *de verdad* y amaban a sus caballos, que nunca se cansaban de llevarlos tan lejos! Más tarde, al anochecer, volvían sudorosos y llenos de polvo, trayendo muchas frutas recogidas en el camino y los potreros!

¡Qué delicadeza la vuestra, jinetes, cabalgando sobre una ilusión!

Amados recuerdos de infancia, recuerdos que dejó el grupo de chiquillos que supo pasar en tan sencillos juegos, las más felices horas de la vida!

Y pienso en nuestros chiquillos, cuán diferentes son; pequeños aun, abandonan sus lindos juegos para buscar una novia entre las vecinitas de su edad.

Chiquillos que vivís en la más delicada edad, no perdáis ésta que es «edad de oro»: jugad, cantad llenos de inocencia, cabalgad sobre el corcel de la ilusión; sed como ese grupo, que por las tardes de oro y las noches serenas llenaron con sus cantos y sus sombras la querida placita del Carmen!

RAQUEL SÁENZ

Heredia, agosto 1º de 1922.

(Envío de la autora)

LOS JUICIOS DE LOS JOVENES

PERSONALIDAD LITERARIA DE V. GARCIA CALDERON

POR N. PACHECO

(Edic. del Sr. García Monge—1922).

El presente tomito es apreciable: nos revela al joven Pacheco como un crítico. Pe.o no se crea que es una crítica vaga; es crítica basada en conocimientos firmes y expuesta con corrección por el que hoy vive en París, «la ciudad predilecta en los sibaritismos de sus hechizos y de las locuras y los gestos galantes».

El Ensayo implica un estudio cuidadoso; el autor demuestra que conoce bien la labor relizada por Ventura García Calderón, este insigne escritor, que, según Gonzalo Zaldumbide, «es la personalidad más eminente, en la literatura de América, de los hombres de su edad».

Dice Pacheco, por ahí, que «la angustia deforma la belleza». En mi concepto, la belleza es invulnerable, y por ello creo más posible que la belleza haga bello el lánguido semblante de la angustia, antes que éste pueda invadir a aquélla.

Más aun, creo que la angustia es belleza, siempre que la miremos desde el punto de vista de «lo bello». Cuando todo lo veamos como debe verse, cuando seamos felices tanto en instantes de placer como en momentos de dolor, entonces la angustia será inconcebible, no tendremos noción de ella, será una entidad exótica hasta donde alcance la comprensión humana.

Todo progreso es aproximación a la verdad; cuando atravesando por cámaras oscuras, apreciemos con nictálopes ojos las cosas tal cual son, podemos afirmar que vemos ya mejor. Lo que vemos de día, ¿no es acaso un artificio operado por el sol? Un clavel rojo visto en pleno día, lo vemos rojo; visto a la luz de la luna, ya tiene un color un poco diferente; a la luz de las estrellas se nota aun más diferente y visto en una noche de invierno—noche oscura—el clavel será negro. ¿No será, pues, el negro su verdadero color? O si estos son efectos de la luz, entonces lo que de veras vemos es la luz y no las cosas. Tendremos *buena vista* cuando en lo claro o en lo oscuro las cosas se nos presenten como son. Así, pues, notaremos el placer en la alegría y en el dolor, como nos es imposible experimentar dolor en el placer. Por eso, considero la angustia como incapaz de deformar la belleza; quizá la angustia no es sino una parte del vasto y glorioso imperio de «lo bello».

En el resto del librito hay difundidos bastantes conceptos interesantes, buenos para comentar con regocijo, con serenidad y atención.

Por ahora, admiremos al joven Pacheco que hoy eleva su nombre con el presente estudio.

M. T. SALAZAR

Barba, 19—7—1922.

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

UNA VIDA EN EL CINE

POR ALBERTO MASFERRER

Edición del CONVIVIO. S. José de C. R. 1922.

It is too late!. Es demasiado tarde. Ahí está el argumento.

Un pequeño trozo de vida de dos almas, que se desliza intenso, único, para concluir en la tremenda frase: «It is too late!»

Esta novelita sorprende porque es sencilla y contiene, con efusión de alma, las ideas que bastarían a transformar vidas. Lean las mujeres, las que aun no han llegado a vincularse fanáticamente con nuestro medio social, las que por su misión van a regar el semillero de la futura cruzada social. Lean las maestras. Para las niñas y para las mujeres está hecho este libro.

Elsa Koller conversa con Julia; y Elsa deja para siempre iluminada una alma que había vivido sin comprender. Mientras nosotros dejamos desarrollarse el argumento de la vida, en devaneos, en risas, en cosas de poca importancia.

¿Ha pensado cada niña que lleva en sí un recurso superior a los que el hombre dispone para su íntima transformación?

Ideas no nos faltan, porque eso es lo que este librito trae para nuestras mujeres. Viva cada una, con su fuerza de amor, todas las ideas que este libro contiene, viva con intensidad las ideas que la transformen y entonces podrá tomar en sus manos una gran misión, como la han tomado muchas mujeres privilegiadas: la de encontrar seres en los cuales deja una simiente de comprensión.

Michel Andrewsky dice: «Tengo

conciencia de que aquella noche dije palabras sabias y bellas; de esas que hacen florecer una ortiga como si fuera una azucena. Mis palabras habían surgido de una fuente más rica y más honda que la de mi cerebro».

¿Y quién había operado esto? ¿El hizo renacer esa fuerza que lo espiritualizó? No. Necesitó primero la presencia de Julia, la delicada mujer que aparece en el vuelo fugaz de esta novela.

¿Cada mujer no puede ser una Elsa, una Julia a cuyo contacto las almas se sientan ennoblecidas y generosamente espiritualizadas?

Sí pueden serlo. Oigan y lean lo que se dice y lo que se escribe, porque en estos libros está el secreto de su atracción.

¿Cuántas Julias podremos encontrar en la peregrinación de esta vida? Acaso, como Andrewsky, una sola. Y tal vez para concluir también, al final de la jornada con esta frase trágica: It is too late!

Anotemos de paso:

«¿Acaso se puede vivir dignamente si no se es valeroso? Toda vida elevada supone valor. En el fondo de toda palabra o acto mentiroso hay una cobardía».

Y por último, esta gran verdad:

«No hay peor tirano que el esclavo».

¿Hemos pensado en esto? ¿Hemos pensado que el esclavo de otros hombres o de sus mismas pasiones es un tirano? Es demasiado repetido, pero demasiado cierto. Tal vez ésta sea la causa de nuestras desgracias de Nación: No precisamente los tiranos, sino lo otro, lo otro! Ya lo dijimos; que está siendo demasiado común en nuestros hombres!

Lean las niñas, lean las mujeres, el libro en referencia para que despierten su conciencia a la misión a que están llamadas, que es la de renovar las fuerzas gastadas y vulgares de nuestra situación social.

VÍCTOR CORDERO

Heredia, julio 1922.

LA VOZ DE LOS LECTORES

San José, 28 de agosto de 1922.

Señor Editor del
REPERTORIO AMERICANO,
don Joaquín García Monge
Presente.

Muy estimado don Joaquín:

Al abrir en su prestigiado REPERTORIO la sección intitulada *La voz y el ejemplo de los próceres* usted ensaya—y seguramente lo conseguirá—transformar la memoria de nuestros grandes patricios en motivos de imitación idealista para nuestra juventud y logra definir claramente el principio psicopedagógico que justifica esta transformación cuando escribe: «...Sin estos fecundos y perennes ejemplos y estímulos de los mayores, la juventud de un país es juventud perdida para las nobles empresas del adelanto y del bien público...»

Tal vez se ha olvidado demasiado entre nosotros que uno de los más valiosos instrumentos que el maestro posee es el *instinto* de imitación tan desarrollado en los niños en todos sus diversos grados: desde la simple y fisiológica imitación refleja hasta la compleja y afectiva imitación idealista. Concretémonos a esta última y recordemos con Kirpartrick que «los ideales admirados e imitados por el niño no son los suyos propios, sino aquellos de su tiempo y de su pueblo.» Pero recordemos también que no basta infundir ideales de imitación sino que es necesario SUMINISTRAR PARALELAMENTE MEDIOS Y FUERZAS PARA REALIZAR ESTOS IDEALES EN ACTOS; tengamos presente que la incapacidad de realización de ideales adoptados puede conducir a una doble personalidad fatal para el carácter y desenvolvimiento del individuo.

Es, pues, a los maestros de la República a quienes corresponde colaborar con usted. Es a ellos a quienes cabe en suerte fomentar en los niños motivos de imitación idealista que Ud. pone a su alcance y completar la obra dándoles los medios de realizar vivos los ideales adoptados, construyendo para ellos ese «puente entre el deseo y la acción» de que nos habla Claparede al referirse a la *función* de la educación.

Bajo este aspecto gran parte de la verdadera grandeza de un pueblo se encuentra sometida a las condiciones siguientes:

1ª—Poseer hombres superiores que puedan servir de motivos de imitación idealista. Esos hombres Costa Rica los tiene.

2ª—Hacer conocer esos hombres a las juventudes del país para que entre ellos adopten un ideal de imitación. Es lo que Ud. hace.

3ª—Dar a esas mismas juventudes los

medios de realizar en actos los ideales adoptados. Es lo que corresponde hacer a los maestros.

Sírvanme estas líneas para formular una felicitación y formular un deseo: felicitación para Ud., que al abrir la sección que me ocupa, sigue realizando el ideal que gobierna su propia obra, y, deseo, en lo que se refiere a la utilización que los maestros sepan hacer de su iniciativa. Quiero ser optimista y espero que ella será totalmente eficiente.

Suyo afectísimo y seguro servidor,

Dr. T. v. Bülow.

Entrega anticipada del tomo "Los Tres Libros"

Por DANIEL COSIO VILLEGAS

I. Marco de oro

Marco de oro, de oro viejo y prestigioso, son los cabellos de esta mujercita, niña apenas de diez y seis años. Su sombrero verde, su falda y sus medias grises, la hacen adorable.

El viaje tiene ya fin. La vida, no ya el viaje, tiene sentido.

Todos los viajeros piensan lo mismo y la miran sin cesar; pero como es ella: graciosa, adorable, niña apenas de diez y seis años.

El amor es como la cara de la mujer.

II. La paz

Estrella prendida en un árbol parece esa luz, única señal de vida humana en medio de la negrura de la arboleda.

Ahí vivirán el padre, la madre, los hijos de una familia. Tal vez ellos sean los dueños de la arboleda, a la mañana verde, negra en la noche. O quién sabe si ¡pobres! no sean más que guardianes. De todas maneras han de vivir en paz.

Con el día se han de levantar, y la milpa, las gallinas, los cerdos, han de ser su única preocupación. Fuertes, sin enfermedades, gozando siempre de la tarde calurosa, de la noche fresca y estrellada, han de vivir en paz.

Tal vez algún día, cuando el padre o la madre mueran, esa paz se acabará, y el dolor, el llanto, en medio de la soledad, no los dejará vivir en paz.

III. La unica verdad

El árbol, fresco, grande, muy verde, muy alto. De entre sus ramas, del grueso de su copa, sale una enredadera de flores moradas que cae hasta el suelo casi.

Yo no sé si pensar que el árbol es un cohete que se desgrana en chispas moradas; o si las flores son estrellas y el árbol una nube; o si el árbol es una piedra y las flores una cascada. Todo mágico, todo absurdo.

La *camelina* es morada; el árbol verde. De entre las ramas verdes del árbol salen las flores moradas de la *camelina*. Esta es la única verdad.

II. El puente

Es un puente de madera, pequeño, viejo. Sirve para pasar sobre un río de agua fresca y de cantar ruidoso. El puente parece tener historia.

El puente sabe de tristezas. Sobre los bancos que hay a lo largo, muchos hombres, muchas mujeres, se han sentado a pensar, mirando al río, cosas amargas, tristes.

En su techo, que alumbra el sol y pudre la lluvia, han resonado algunas veces las risas o el canto de los enamorados. Por eso el puente sabe de amores.

Alguien, quizás un romántico, hizo llevar al puente enredaderas. Cubrieron entonces las columnas, el barandal, el techo del puente, ramas verdes, flores rojas y amarillas hojas. Hasta del carnaval llegó a saber el puente.

Pero las flores se marchitaron. El puente volvió a aparecer desnudo, amarillento, polvoso. El puente de madera, pequeño, viejo, parece tener historia.

V. Locura de Dios

Después de la lluvia, cortina de cristal, el cielo se ha abierto. Las nubes, llenas de negrura y de maldad, han huido, atropellándose, hasta esconderse tras el monte.

El cielo se ha abierto, y la luna, pequeña, redonda, ilumina todas las cosas. En la fuente y en las piedras hay pedacitos de cielo, azul y plata. En las hojas, en las flores, las gotas de agua son diamantes. Las estrellas son diamantes.

Todo es de diamante, de oro, de azul, de plata, de cristal.

La noche parece locura de Dios.

(Envío del autor, México, D. F.)

Cartas dantescas

V

Deliciosa amiga, después de la vana imaginación de la Muerte, experimenta de nuevo el Poeta la suave imaginación del Amor, quien le hace bendecir el día en el que de su alma se apoderó.

En seguida se acerca a él la dama gentil, famosa por su belleza, que ejerce dominio absoluto en el corazón de Guido Cavalcanti, el primero y el mejor de los amigos del Divino Poeta. Es Juana, llamada, también, por su delicadeza y por su dulzura, Primavera, la anunciadora de dichas, la precursora de la inmensa felicidad que para el Grande Florentino significa la presencia de Beatriz, la que no tarda en aparer.

La contemplación de ambas hermosas mujeres la describe el Poeta con intensa fruición en aquel soneto suyo que se inicia con los versos:

Sentí despertar, dentro del corazón, un espíritu amoroso que allí dormía.

y que termina con la frase que Amor pronuncia mostrando a las dos damas:

Amor me dijo, esta es Primavera y aquella Amor se llama, tanto a mí se parece!

Aprovecha en seguida el Grande Gibelino la oportunidad para hacer algunas declaraciones exactas acerca de lo que, para él, es Amor, el cual no existe *per se*, como sustancia, ya que

es un accidente en la sustancia. Se extiende en seguida, razonando de los rimadores de amor en lengua vulgar y de aquellos que escribieron cosas del sentimiento en versos latinos. En este párrafo, saturado de profundidad, demuestra Dante el perfecto conocimiento que posee de los diversos asuntos que trata: en defensa de sus procedimientos poéticos cita a Virgilio, a Lucano, a Ovidio, a Horacio, cual sabio intérprete del ciego divino de Chíos, quienes, aquí y allá, en sus múltiples obras inmortales, hacen que las cosas inanimadas hablen a las animadas, así como el hombre conversa con la propia ciencia, así como los dioses dialogan con sus semejantes, rodeados de nubes prontas a descargarse tempestuosas sobre los mortales que quisieran sorprender las conversaciones divinas.

Nuevamente despiertan las rimas en el alma privilegiada del Allighieri, al contemplar el recato que es la característica de la adorable mujer que entre todas las mujeres ha escogido. Y surge, con encantadora facilidad, aquella joya de las letras italianas que empieza:

Tan gentil y tan honesta parece, la dama mía cuando a otros saluda, que toda lengua deviene, temblando, muda y los ojos a mirarla no se atreven.

Es una nueva, magnífica visión de la Amada la que el Poeta nos da en este soneto célebre: Ella concede, por los ojos, dulzura al corazón, dulzura tanta que apreciarla no puede sino quien la mira; de su rostro se desprende un espíritu sutil, saturado de amor, que va diciendo al alma: ¡suspira!

Los tercetos de este soneto inmortal son de admirable belleza y dulzura, como encontrarse no pueden en ningún otro poeta ni en ninguna otra literatura: no hay en esa poesía la extraña exageración del concepto principal de que adolecen; por ejemplo, las composicicione̦s del enamorado de la deliciosa Selvaggia, ni la retórica que, aquí y allá, descubre la falta de posesión de la vida real en las canciones del noble amante de la divina Laura.

La virtud de Beatriz ejerce influencia benéfica en las mujeres que la rodean: las que con ella van, están obligadas a dar a Dios gracias por tal merced; su compañía las hace ir vestidas de gentileza, de amor y de fé; a su lado todas sienten el alma presa de una humildad profunda, haciendo así, como la luz bienhechora, aparecer brillantes y placenteras a quienes por la senda suya y a su vera caminan.

Noble servidumbre la del Amor que en el pecho de los súbditos suyos, sinceros, inspira sólo virtudes realmente humanas que los saturan de paz, de dulzura y de beatitud.

Cuán intensa es su acción sobre las almas puras que reciben su luz espiritual y la reflejan, generosas, sobre los seres animados e inanimados que las rodean transformándose, cada una de ellas, en foco poderoso de gracia como lo es Beatriz quien, para el Dante y quienes como el Dante la adoran, es razón espiritualizada en fé, pasión espiritualizada en gracia.

Y ante esa gracia que es amor sublimado, bajamos, todas las mujeres, la cabeza, envidiándola en las grandes enamoradas, fuesen dichosas o infelices, adorándola en María, la dulce Reina de los Cielos, nuestra Señora.

Con cariño, desde lejos, te saluda

FIORENZA DELL'ARNO

En una noche de luna, en Urbino.

(Envío de la autora).

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica